

*El regalo de la paz*  
*Publicado en inglés en Sufism Journal, primavera & verano 2007*

*Llewellyn Vaughan-Lee*

*Somos siempre paz.*  
*Liberarnos de la idea de que no somos paz,*  
*es todo lo que se requiere.*

— RAMANA MAHARSHI

LA PAZ DEL ALMA

La paz es una cualidad del alma. Y como todas las cualidades espirituales reales, la paz no se alcanza o se consigue con nuestros esfuerzos. Es otorgada mediante la gracia, como la paz que Cristo prometió a sus discípulos:

"La paz os dejo, mi paz os doy:  
no os la doy como la da el mundo".

Debido a que nuestra cultura ha perdido un conocimiento de los modos de manifestarse de la gracia, tendemos a identificar paz con esfuerzo. La mayoría de nosotros lucha por la paz, pensando que se puede alcanzar esforzándose. Exteriormente buscamos la paz resolviendo los conflictos. Interiormente, asimismo, esperamos resolver nuestros conflictos trabajando para llevar a un equilibrio a las facciones en guerra de nuestra psique. En la meditación nos esforzamos por encontrar la paz más allá de la actividad de la mente.

Puede que alcancemos de esta manera una sensación de paz, esforzándonos y luchando. Pero la paz real es un aspecto de lo divino, y en palabras del maestro sufí Bhai Sabih: "¿Cómo puede haber esfuerzo con las cosas divinas? Son dadas, infundidas".

La paz que es dada tiene una cualidad diferente porque viene sin esfuerzo ni lucha. No es una solución a un conflicto, ni interior ni exterior. No forma parte de la dimensión de la lucha, sino de la dimensión del alma. No puede surgir de un conflicto porque es un aspecto de la unidad de nuestra verdadera naturaleza. En la unidad, ¿cómo puede haber conflicto? Si no hay dos, ¿qué necesidad hay de resolver nada?

La paz real es una cualidad del puro ser. La paz que Cristo dejó a sus discípulos, la paz "no como la da el mundo" está en todos nosotros. Forma parte de nuestra naturaleza esencial. Pero como muchas cualidades del alma, permanece escondida, pasada por alto por nuestras percepciones y modos de relacionarnos que están basados en la dualidad, el conflicto y el interés propio.

Tradicionalmente se ha transmitido la paz a un nivel personal, de maestro a discípulo, como Cristo dio la paz a sus discípulos. Pero en este momento crítico de nuestra evolución, ha dejado de ser suficiente. Toda la humanidad necesita tener acceso a la paz del alma, ya que esta paz no forma parte sólo de toda persona, sino del alma del mundo. Y si miramos a nuestro alrededor,

vemos que el mundo necesita paz; la vida en sí necesita ser alimentada por su propia naturaleza superior para recuperarse de los abusos del pasado y prosperar. El trabajo espiritual de esta época es ayudar a que el alma del mundo despierte, ayudar a que las cualidades de la verdadera naturaleza de la vida nutran al todo.

## LA PAZ EN LA ERA DE LA UNIDAD

¿Cómo podemos ayudar a que el corazón del mundo despierte? El primer paso es un paso en la conciencia. La próxima era es una era de unidad, y en nuestro colectivo está surgiendo una conciencia de unidad. Vemos esta conciencia reflejada en el desarrollo de la comunicación global, el internet, y en nuestro reconocimiento de la interconexión ecológica. Pero no vemos las dimensiones más profundas de esta conciencia, cómo forma parte de la naturaleza superior de la vida, cómo contiene las cualidades divinas de paz, amor y poder real.

Sólo lo divino puede sanar y transformar el mundo; las fuerzas antagónicas en el mundo están demasiado poderosamente consteladas para que nosotros podamos resolverlas por nuestra cuenta. Pero lo divino necesita nuestra participación: somos los guardianes del planeta. Y, ¿cuál es la naturaleza de este trabajo? En nuestra cultura masculina identificamos trabajo con "hacer" y actividad. Pero mantener un espacio para lo divino requiere la cualidad femenina de "ser". Por medio de la simplicidad de vivir nuestra conexión interior con lo divino, de vivir la conciencia del corazón, enlazamos los mundos y permitimos que las energías superiores fluyan a la vida.

Los místicos reconocen el juego de los opuestos dentro de sí mismos -- la oscuridad y la luz, lo masculino y lo femenino, el espíritu y la materia -- y saben que forman parte de una unidad mayor. Al dejar de estar atrapados en la dualidad de los opuestos, los místicos viven con la realidad de la unión. Los opuestos permanecen, pero dejan de aparecer en conflicto. Los místicos pueden, como el *Midrash* del judaísmo sostiene, "observar cómo todas las cosas toman prestado unas de otras":

"el día toma prestado de la noche, y la noche del día... la luna toma prestado de las estrellas y las estrellas toman prestado de la luna... el cielo toma prestado de la tierra y la tierra del cielo... Todas las criaturas de Dios toman prestado unas de otras, hacen la paz una con otra..."<sup>(1)</sup>

Y en esta era de unidad, es necesario que los buscadores pasen de estar centrados en el desarrollo de sí mismos a estarlo en el desarrollo del todo. Esto requiere que dejemos atrás nuestros esquemas de aislamiento espiritual. Dejando la cueva y los monasterios, podemos vivir la luz del corazón en la vida común y corriente, en la plaza del mercado donde la densidad y oscuridad del materialismo necesitan ser disipadas.

Puede ser una ayuda reconocer que lo divino en la vida tiene su propio ritmo natural, su propio aspirar y espirar, que podemos llegar a conocer y con lo que podemos trabajar. La luz y la energía de lo divino siguen generalmente pautas ancestrales que fluyen por nuestra psique colectiva. Podemos contribuir a que la paz llegue a nuestro mundo confiando en que la paz en sí tiene la paciencia de trabajar esquivando las resistencias, en que su fuerza no se dispersa ni se pierde en un conflicto. La energía espiritual de la paz está generalmente trabajando con la energía de la discordia, minando sus argumentos, transformando el flujo de energía de la confrontación en comprensión. Si nos permitimos a nosotros mismos abrirnos *a lo que ya está pasando*, empezaremos a ver y trabajar con la conciencia de unidad que está surgiendo.

## RESPUESTAS SENCILLAS

Durante las épocas de transición es importante volver a lo que es básico, a lo que forma parte de la esencia de la vida. Si miramos detenidamente, podemos ver que la vida en sí contiene una armonía que forma parte de su naturaleza más profunda. Se puede ver en los pétalos de una flor, en el remolino del agua de un río, en una bandada de gansos que vuelan al sur. Podemos permitir a la vida que nos enseñe, que nos muestre cómo vivir de una manera que no constele continuamente conflictos. La vida nos puede revelar el fluir de los opuestos, el modo como la noche conduce al día, el invierno a la primavera. Una vez que cambiamos nuestra actitud hacia la vida, una vez que abandonamos nuestra necesidad de ser conquistadores u opresores, la vida puede mostrarnos cómo vivir en paz. Una vez que salgamos del paradigma de los opuestos que luchan, descubriremos que el sol brilla.

Se está entretejiendo un hilo en los mundos interiores, pero nosotros no sabemos cómo mirar. Se está creando armonía, pero permanecemos centrados en la discordia. Los patrones de la energía de la vida están cambiando sutilmente, las corrientes que vienen de las profundidades están cambiando. La vida está tratando de redimirse a sí misma, tratando de sacarse de encima los escombros de nuestras luchas de poder.

Como vivimos al final de una era, la vida aparentemente se ha vuelto más compleja. Esta es una de las señales de que las cosas se están desmoronando. Con nuestros modelos generados por ordenador, buscamos repuestas complejas a nuestros problemas. Pero la paz es sencilla, y es parte de la sencillez de la vida.

Parecemos pasar siempre por alto la sencilla maravilla del hecho de ser humanos, que significa ser divinos. Somos el encuentro de los dos mundos, el sitio donde los milagros pueden suceder y lo divino cobra vida de una nueva manera. Somos la luz al final del túnel. Somos lo cálido y el cuidado y la compasión, a pesar de que llevamos las cicatrices de nuestra crueldad e ira.

Los cambios en la vida son muy fundamentales y sencillos, y, sin embargo, no son fáciles de vivir. Hay fuerzas en acción que nos empujan hacia fuera, hacia la complejidad. Son fuerzas que nos quitan la alegría y exigen que trabajemos cada vez más duro. Nos conducen a conflictos que no necesitamos, y siempre tratan de oscurecer la simple alegría de vivir, de estar juntos y de apreciar el compañerismo. La comida rápida y las grandes películas pueden resplandecer y atrapar nuestra atención colectiva, pero sabemos en nuestros corazones que algo fundamental está siendo pasado por alto. No necesitamos ahogarnos en la prosperidad o imponer nuestras creencias a otros. Solamente tenemos que reconocer qué es *real* y vivirlo a nuestra manera.

En la sencillez de nuestros valores humanos -- amor y alegría y esperanza -- , estamos conectados en la unidad. Pero sólo podemos descubrir esta conexión cuando volvemos a la simple esencia del ser. Cuando regresemos al corazón, veremos lo que está naciendo, cómo está teniendo lugar una conexión de individuos, grupos y comunidades, cómo están creciendo las redes de interrelación, y cómo la energía de la vida está circulando por esas redes. Reconociendo estos cambios, podemos ayudar a que la paz fluya donde se necesita.

## LA LUZ DE LA PAZ

Mucha gente teme la paz real. No se puede manipular, no desempeña un papel en las dinámicas de poder. En el enfrentamiento de los opuestos, luchamos para vencer, para imponernos. Incluso nuestra imagen de la paz del mundo es un equilibrio de poder. ¿Qué ocurriría si se eliminase esa

dinámica de poder? ¿Cómo sabríamos quién domina? El drama del poder necesita adversarios. Una vida de paz funciona de manera diferente. No forma parte de los esquemas de control. La paz y la libertad van unidas.

Estar abierto a la paz es dejar atrás muchas de las maneras que definen nuestra vida. Trabajar con la paz significaría que trabajamos con una energía libre de la constelación de opuestos. Esta energía es parte de nuestra naturaleza divina. En el Corán se describe esta energía en el "versículo de la Luz" del sura 24:

Allah es la luz  
de los cielos y la tierra.  
Su luz se puede comparar  
a una hornacina  
donde se halla una lámpara.  
La lámpara está rodeada de un vidrio.  
El vidrio es como si fuera  
una estrella radiante,  
encendida por un árbol bendito,  
un olivo, que ni es de Oriente  
ni de Occidente,  
cuyo aceite es casi  
luminoso,  
aunque el fuego apenas lo toque.  
¡Luz sobre luz!  
Allah guía a su luz  
a aquellos que él quiere.

La luz dorada del aceite del "olivo, ni de Oriente ni de Occidente" está dentro de nosotros. Es la luz de nuestra naturaleza divina, que forma parte también de la vida. ¿Cómo puede ser nuestra naturaleza divina distinta del aire que respiramos? Nuestra respiración es Su respiración. Por medio de la respiración, se juntan el alma y el cuerpo, el cielo y la tierra. Su luz es "la luz de los cielos y la tierra". Detrás de la apariencia de la dualidad está la luz de la unidad y la paz real. Podemos vivir esta unidad, esta unión primaria, o podemos continuar con una actitud que sólo ve el conflicto continuo de los opuestos. El aceite del "olivo, ni de Oriente ni de Occidente" está ardiendo y nos muestra una manera diferente de vivir.

El sura de la luz continúa:

(Encendida una luz semejante)  
en casas, que Allah  
ha permitido erigir  
en Su honor, para la celebración  
de Su nombre en ellas;  
en las que  
dan gloria a Él  
por las mañanas y  
por las tardes  
gentes a la que ni  
el comercio ni la venta

les pueden distraer del recuerdo  
de Allah, ni de la práctica regular de la oración.

La luz que es otorgada forma parte del recuerdo de Dios, de la simple conciencia de la divina presencia. En esta luz se recuerda y celebra a lo divino, incluso en medio de las actividades de la vida. Necesitamos esta luz para que nos guíe, y en esta luz encontramos nuestro recuerdo de lo que es real. Esta luz es siempre accesible, sólo oculta por nuestro olvido. La luz que está más allá de los opuestos no se alcanza a través de un conflicto, sino que llega por medio de la oración y el recuerdo.

Aquellos que Le aman y Le recuerdan tienen acceso a la luz que el mundo necesita -- la luz de la paz, la luz de la unidad. Nuestro mundo no lo pueden salvar jamás ni los políticos ni los mediadores, pero sí aquellos cuyos corazones se han girado hacia lo Real. Esta conciencia forma parte de la esencia de la vida, de la creación que celebra a su Creador. Está presente alrededor nuestro, dentro de nosotros, es parte de la sencilla verdad de que estamos aquí para servir a lo divino. Si podemos ver con el corazón, no con nuestros condicionamientos, podemos despertar dentro la paz que se está revelando a sí misma en este momento. Y por medio de la simple combinación de nuestra práctica espiritual, nuestras oraciones y recuerdo, y nuestra vida cotidiana, podemos llevar al mundo Su luz y Su paz.

### ***Madurez Espiritual***

***Publicado en la revista Sufi Journal, # 64, invierno 2004-2005***

*Llewellyn Vaughan-Lee*

*Cuando es tiempo de quietud, quietud;  
en tiempo de compañerismo, compañerismo,  
en el lugar del esfuerzo, esfuerzo.  
Todas las cosas a su debido lugar y tiempo.*

— DICHO NAQSHBANDI

Alrededor nuestro Su revelación es incesante. La divinidad no sólo renace a cada instante, sino que en este momento de nuestra historia algo peculiar se está originando, una nueva Era; una nueva forma de vida está viniendo a la existencia. Y nuestra percepción espiritual es fundamental para que este nacimiento ocurra. En nuestros corazones, con nuestra conciencia, con cada respiración, somos los parteros de un nuevo despertar de la Tierra. Está ocurriendo en estos tiempos. Para poder participar completamente de este nacimiento debemos dejar atrás viejos modelos y formas de andar sobre la tierra y de mirar el cielo. Estamos entrando en una era de unicidad que conectará materia y espíritu, lo femenino y lo masculino. Y nuestra práctica espiritual debe reflejar este nuevo alineamiento. No podemos seguir renunciando a la tierra o continuar con un modelo patriarcal de progreso espiritual. La trayectoria de nuestra alma es parte del viaje de la totalidad de la creación. Nuestro corazón está conectado con el corazón del mundo, nuestro recuerdo es el recuerdo del mundo. Si nosotros despertamos, el mundo podrá

despertar.

Y sin embargo, el sendero individual de retorno del alma a la Fuente, del amante que vuelve al Amado, continúa como ha sido siempre. Todo cambia y nada cambia. El recorrido del alma volviendo al Hogar es como el palpitar espiritual del mundo. Cuando el buscador se vuelve hacia el Amado, toda la creación se regocija, porque es este el viaje final de la vida toda. Cada átomo añora reunirse con su Amado y como buscadores espirituales nosotros vivimos esta añoranza con todo nuestro ser. Llevar a cabo este recorrido es nuestra más grande contribución a la vida y al Amado. Nos ofrecemos en el altar de Su amor y experimentamos Su drama de separación y unión.

A medida que expandimos nuestra conciencia espiritual incluyendo la Totalidad de la creación, es importante recordar la simplicidad y lo común y corriente del viaje del alma. El anhelo del corazón por Dios pertenece a la esencia primaria de la vida. Al igual que el girasol mira el sol, nuestra alma mira su Fuente. Vivir y respirar este llamado real, muchas veces significa tener que dejar atrás muchas de las ilusiones que podríamos tener sobre la vida espiritual.

### LA INOCENCIA DEL DESPERTAR

Al comienzo del viaje espiritual, una chispa de puro amor acaricia nuestro corazón y nos despierta por un instante al milagro de nuestra naturaleza real y de nuestra profunda relación interna con Dios. Sin este regalo de amor no habría travesía espiritual, no habría deseo alguno de retornar a Dios. Nos quedaríamos entre las nubes del olvido, sin jamás conocer nuestro verdadero ser. Esta chispa nos vuelve a la vida y dirige nuestra atención hacia el viaje del alma, la más grande aventura que existe.

Tradicionalmente llamado “la vuelta del corazón”, este despertar de amor es parecido al primer romance, exceptuando que no se trata de un amante idealizado ni de una fantasía romántica; este es el gran amor del alma con Dios, irrumpiendo en nuestra conciencia. Sin embargo, muchas veces evoca en el amante una cualidad similar a la impetuosidad adolescente, creando fantasías espirituales que, como su contraparte romántica, a menudo se descontrolan. No siempre es fácil reconciliar el despertar del amor real con la mundaneidad de nuestra vida diaria, o contener este deseo interior profundo dentro de nuestra conciencia normal.

Este “vuelta del corazón” despierta un fuego dentro de nosotros que finalmente nos abrasará y consumirá, transformando nuestro plomo alquímico en puro oro. Sin embargo, al principio es tan sólo una pasión loca que no tiene un receptáculo de contención. Tal vez podríamos identificar este sentimiento como a un “anhelo por Dios”, pero no tenemos la más mínima idea sobre la verdadera dinámica de esta trayectoria, ni del doloroso trabajo a realizar con nuestra sombra, ni del lento proceso de reducir a polvo al ego, que pertenecen a los años iniciales de búsqueda. Al igual que la experiencia romántica de enamoramiento no nos prepara para el verdadero trabajo de una relación duradera, la chispa que acaricia “nuestro corazón de corazones” no nos hace pensar en la vasta y peligrosa naturaleza de lo que está sucediendo. Somos lanzados a una pasión amorosa con Dios del mismo modo que un ciego es lanzado al océano infinito.

Así ha sido siempre. Llegamos con inocencia y añoranza, confundidos por dudas e inseguridades, llenos de deseos de algo que no podemos comprender. Tampoco sabemos qué hacer con la intensidad y pasión del alma. ¿Qué podemos hacer aparte de crear fantasías

espirituales, imágenes de un mundo espiritual lleno de todo aquello que a nosotros nos falta?

Tal vez esperamos que el camino nos dé el compañero que siempre hemos deseado, el trabajo que merecemos... Así de fácilmente proyectamos nuestra necesidad personal en el potencial desconocido de nuestra búsqueda espiritual, tratando de encontrar un progenitor que nos ame, un amante que nos proteja, amigos que nos comprendan, un trabajo que nos gratifique... En Occidente, esta tendencia natural a la proyección se ve aumentada por un condicionamiento que promueve la gratificación instantánea, y que nos dice que tenemos derecho a la felicidad personal. El largo y arduo camino del entrenamiento espiritual verdadero tiene poco lugar en nuestra conciencia colectiva.

La dificultad aumenta por el hecho de que al comienzo se nos muestra algo que es inmediato, que pertenece al eterno presente. Recibimos un vislumbre de aquello que está presente todo el tiempo, nuestro eterno Amado. El tiempo no existe en ese momento, no hay un largo y arduo camino a recorrer; por el contrario, hay algo espontáneo y completamente vivo. El nos seduce dándonos a probar un bocado de lo que ya existe en nosotros, es el regalo de nosotros mismos tal como somos eternamente. ¿Cómo puede el ego, con sus restricciones en tiempo y espacio, comprender o vivir este eterno ahora?

El buscador espiritual inicialmente no comprende que el verdadero trabajo en este viaje no tiene que ver con acceder a experiencias místicas o espirituales; sino que estas son dadas a través de la Gracia. El trabajo verdadero es crear un receptáculo para estas experiencias, para que ellas puedan vivir en nuestra vida cotidiana. Una característica de este recipiente es la habilidad de discriminar entre la experiencia real y la ilusión espiritual creada por el ego. Sin este receptáculo de discriminación, el caminante fácilmente se pierde, y gasta la energía y potencial del despertar espiritual.

## ILUSIONES ESPIRITUALES

Esto no significa que uno debe desechar la excitación y el fuego del despertar inicial.

Tradicionalmente este renacer espiritual es el momento en que la verdadera vida del alma comienza. El “sí” que hasta ese momento se hallaba oculto dentro del alma brota a la superficie, algunas veces llegando como una explosión al mundo exterior. Surgen la alegría y la intensidad que pertenecen a este momento que necesita ser vivido. El amor verdadero ha llegado, la luz auténtica se hace presente. Algo tremendo se ha iniciado. Puede haber una sensación por primera vez en nuestra vida de “haber llegado finalmente al hogar”, de haber llegado a donde uno pertenece verdaderamente. Cada fase del recorrido tiene su lugar; “hay un tiempo para cada cosa bajo el sol”.

Yo recuerdo la intensidad de mi propio despertar, el regocijo de sentir el milagro de todo lo que me rodeaba; de pronto el mundo brillaba con una luz escondida. Recuerdo mis primeras experiencias en meditación, mis primeras experiencias de una realidad más allá de la mente. Recibí algo que había añorado desde siempre sin saber que existiese. Me fue dado a degustar un sorbo de aquello que es verdadero en medio de un mundo de ilusiones y mentiras. El deseo por la verdad se encendió en mí y supe lo que quería. Yo no tenía un recipiente que contuviese la increíble pasión que me poseía: me llevó prácticamente a la locura; ayuné más allá de lo que mi cuerpo podía soportar. Sin embargo, por primera vez en esta vida me sentí completamente vivo.

Es de esperar que uno encuentre un maestro o una senda espiritual, que inicie el trabajo de crear

un receptáculo que permita canalizar el fuego en la dirección correcta, de modo que uno pueda vivir una vida armónica. Pasaron tres años antes que yo encontrase el camino que me llevaría de vuelta al Hogar, y llegué allí en un estado muy lejos de estar equilibrado, sosteniéndome tan solo con determinación y voluntad férrea, flaco, hambriento, y con mis pies apenas tocando el suelo. Pero a cada uno se le dan las experiencias que necesita, y yo no me arrepiento de la locura de aquellos primeros años, aún cuando ahora sé que casi toda mi energía y la mayoría de mis acciones eran totalmente desubicadas. Por ejemplo, tuve que comprender que uno no puede ayunar para llegar a la perfección o alcanzar la Realidad a fuerza de voluntad.

Uno de los peligros de los primeros años en la senda espiritual son las ilusiones espirituales. Sentimos una gran añoranza y anhelo profundos, un hambre primario de algo que no podemos nombrar ni conocer. Despertamos por un instante a una realidad que tiene muy poco eco, tanto en nuestro mundo exterior como en nuestros esquemas de pensamiento. No tenemos contexto para lo que de hecho está sucediendo, y entonces, naturalmente, creamos imágenes y expectativas sobre el sendero espiritual. En el momento que vi la luz en los ojos de mi maestra, quise habitar yo también ese espacio más allá de las limitaciones de un mundo que encontraba más y más alienante y lleno de problemas. Imaginé que la vida espiritual era vivir en esa dimensión sin forma, de presencia y amor. Poco podía imaginar que el sendero me llevaría de regreso a este mundo de limitaciones. Muchos viajeros espirituales caen en la ilusión de escapar la realidad cotidiana al comienzo del recorrido. Como un amigo lo describe, “Yo creí que el camino me sacaría fuera de la vida diaria. Que la vida exterior ordinaria de algún modo se diluiría, que dejaría de tener que ser responsable en la vida. Creí que me perdería en el amor. Que no tendría que existir como un individuo ‘separado’ nunca más, que siempre sería arrebatado por el amor. Pensé que sería llevado más y más profundamente a estados de amor y felicidad. Que sería como sumergirme cada vez más en meditación. Realmente, nunca pensé que volvería otra vez a la vida normal, o a la conciencia normal.”

Otro compañero en el camino espiritual pensó que sus problemas dejarían de existir, que desaparecerían, o que él se elevaría por encima de estos problemas para existir en una realidad más elevada. Otras personas crean la ilusión de que ellas adquirirán conocimiento espiritual, o más aún, poderes espirituales. La promesa de “iluminación” es un engaño común, ilusión que pasa por alto el hecho de que el ego no tiene ni tendrá ninguna experiencia elevada porque en la dimensión del Ser no hay un “yo” que se dé cuenta de nada. Hay tantas fantasías, tantas formas en que usamos las imágenes de la trayectoria espiritual a modo de escapismo de la vida y de nosotros mismos. El camino verdadero nos lleva de retorno a nosotros mismos y dentro de la vida. Si no volviésemos dentro de nosotros, un importantísimo trabajo psicológico, la confrontación con nuestra propia oscuridad, la sombra, y otras dinámicas internas que ayudan a crear el receptáculo que contiene una vida equilibrada, nunca se realizaría.

A medida que trabajamos en nosotros mismos, comenzamos a percibir que muchas de las presunciones iniciales en el sendero tienen que ver con el hecho de que experimentamos exclusivamente al ego como el único actor en nuestra vida. Una amiga comprendió que todas sus ilusiones, “partían del hecho obvio de que es una ‘persona’ la que llega al sendero espiritual, entonces todo lo que uno inicialmente espera está ligado a lo ‘personal.’ “Por ejemplo”, ella cuenta, “yo pensaba que ‘yo’ o ‘el ser personal’ estaba enamorada de alguien todo el tiempo. No me daba cuenta que el amor tan sólo es. Y que no tiene realmente nada que ver ‘conmigo,’ sino que el amor existe.”

Al principio, todo lo que uno conoce es el ego; entonces, imaginamos la travesía espiritual y sus experiencias a través de sus ojos, con todos sus deseos e imágenes de satisfacción. Y aunque

hayamos leído o escuchado que el “ego se debe ir”, que uno debe “morir antes de morir”, no podemos imaginar un estado en que aquello que se llama a sí mismo “yo” no tenga un rol central. Cuando pensamos en el Ser, nos imaginamos una personalidad espiritualizada. Muy raras veces estamos preparados para la simplicidad de lo que es. Si bien el Ser tiene una dimensión cósmica, al mismo tiempo es completamente común y corriente, es una esencia simple, una cualidad de ser que está presente en todas las cosas. Y los estados del plano increado que existen más allá del Ser, no pueden comenzar a comprenderse con una conciencia que está centrada en su propia sensación de existencia. ¿Cómo podemos imaginar un estado en el cual nosotros podemos ser donde no somos?

Mientras algunas ilusiones se centran en estados espirituales internos, otras reflejan un deseo de manifestar algo en el mundo exterior, como por ejemplo el deseo de transformarse en un sanador o en un maestro espiritual, teniendo un “destino” que nosotros pensamos muestra nuestra especial naturaleza espiritual. Si bien es cierto que algunos viajeros en el sendero podrán ser llamados a tomar estos caminos, estos deseos son generalmente otra forma de auto-gratificación donde el ego se prende de una energía pura o intención y la usa para sus propios propósitos personales. Al ego le encanta inflarse, ser el actor principal en cada escenario. Puede desilusionarnos el darnos cuenta que el Ser a menudo no necesita ninguna forma externa de expresión o rol que manifestar, que se trata de un estado de ser en vez de un “destino manifiesto.”

Otra confusión común es la idea de que uno está viviendo una “vida guiada”, o de hallarse en un estado en el cual nuestras acciones simplemente surgen por sí mismas sin la necesidad de nosotros como “hacedores.” A pesar de que existen estados tales en los que el Ser o nuestra naturaleza divina vive a través nuestro, ellos requieren de una capacidad de discriminación consciente mucho mayor de la que podemos tener al principio. Excepto en raros casos de seres espirituales altamente evolucionados, nuestra naturaleza superior necesita manifestarse a través del ego y la naturaleza inferior, la cual disfruta de cambiar el rumbo de las energías superiores usándolas para nuestros propios propósitos personales. “El ego está al acecho en cada esquina” buscando trastornar nuestra verdadera naturaleza. Debemos aprender a distinguir entre la necesidad real del momento y un deseo oculto o una conducta de auto- protección que ha tomado una “forma” espiritual. A menudo la ilusión de ser “guiado” es una evasión de la responsabilidad sobre nuestra vida y nuestras acciones. Es la excusa perfecta para alguien que no quiere aceptar la vida cotidiana con sus dificultades y demandas. La espiritualidad patriarcal ha enfatizado la naturaleza trascendente del Ser, pero el Ser es también parte intrínseca de la vida, y sólo puede encarnar y vivir completamente, cuando tomamos total responsabilidad por la vida tal cual es. Uno sólo puede alcanzar el estado de Ser cuando acepta completamente su vida y su destino. En las palabras del maestro Sufí Abû Saiîd ibn Abî-l-Khayr, “Cualquiera sea tu suerte, encárala!”

Finalmente el sendero espiritual nos lleva a un lugar donde el ego se da por vencido, y entonces, el Ser reina y regula. De allí en adelante, la vida adquiere la cualidad de ser como una hoja en blanco para que el Amado la use como Él disponga. Sin embargo, para cuando hemos alcanzado este estadio, ya hemos tomado total responsabilidad por nuestra vida, y por el ego con sus necesidades y demandas. Nos hemos transformado en caminantes maduros que no usan el sendero para evitar las dificultades de la vida. Hemos reconocido el valor del sentido común, hemos aprendido cómo vivir en ambos mundos, y hemos desarrollado vigilancia constante sobre el ego y sus astutas formas de autoengaño.

## LA VIDA DIARIA

Probablemente no exista una fantasía más corriente o más insidiosa que la creencia de que la vida espiritual saca al buscador de la vida común y corriente. La vida diaria siempre estará incluida. De hecho, nos sumergimos cada vez más en lo común y ordinario. Nosotros, como dice el proverbio zen, “cada día cortamos la leña y cargamos el agua”.

A menudo es la mundaneidad del sendero espiritual a lo que estamos menos preparados. Una vez que hemos probado la pasión del alma, la cual inicialmente parece una experiencia “tan más allá” de a lo que estamos acostumbrados diariamente, tendemos a esperar que la banalidad de la vida se desvanezca en la alegría y éxtasis del viaje interior. Imaginamos una vida espiritual llena de desafíos dramáticos y estados espirituales. Es nuevamente tan sólo nuestro ego tomando la experiencia para sus propios fines. Ser solamente un caminante ordinario, que anda por un sendero polvoriento no suena tan gratificante.

Lo verdaderamente especial de nuestra naturaleza muchas veces parece ser lo más común y simple. Como una compañera de viaje describe su experiencia, “Siempre me sorprende cuán comunes son las cosas, como continúo bajando a lo ordinario. Realmente, yo esperaba que las cosas se volvieran extra-ordinarias.” Otra buscadora que vino a vivir con mi maestra, esperaba vivir una vida simple de meditación, pero unos pocos años más tarde se encontró enseñando en una escuela primaria pública, con treinta alumnos demandándole atención todo el santo día. No era exactamente lo que se había imaginado!

A menudo, el apego a lo “extra-ordinario” de la vida espiritual es otra forma que usamos para protegernos de la vida o de nosotros mismos, al igual que una fantasía romántica podría protegernos de la vulnerabilidad y demandas de una relación verdadera. El amor real nos hace sentirnos desprotegidos y desnudos, porque las conductas que nos amparan se disuelven o se extinguen en el camino. Opuestamente a la mayoría de las ilusiones, la naturaleza real del sendero trata de vaciarnos, poseyendo cada vez menos en vez de más. Mientras que las fantasías frecuentemente inflan al ego con imágenes de ser especial, en el sendero verdadero nos vamos volviendo más comunes y simples.

Cuando sentimos que estamos viviendo la pasión del alma, que estamos siendo destrozados por amor, es muy fácil obviar la importancia de pagar nuestras cuentas a tiempo, de cuidar nuestras necesidades y responsabilidades humanas. Podemos ir por la vida con poca atención de como tratamos a los demás y de como nos tratamos a nosotros mismos. Pero sin una base firmemente enraizada en lo ordinario, sin aprender como relacionarnos con la vida con la atención y respeto que necesita, no podemos vivir totalmente la energía del alma en el plano físico.

Focalizarnos en la vida cotidiana nos permite enraizar la energía del sendero y también hace más difícil que el ego construya falacias espirituales. Este es el porqué de que tradicionalmente cuando un joven buscador llega por vez primera al *tekke Sufi* o *khânaqâh* (nombre turco y persa del “centro sufi o lugar de encuentro sufi”), se le dé el trabajo más mundano o degradante, por ejemplo, limpiando letrinas o barriendo patios. Durante los primeros años probablemente no se le dé ninguna práctica espiritual, tan sólo tareas de servicio sencillas.

Es importante no rechazar la dimensión de nuestra experiencia cotidiana, porque la naturaleza del alma es ordinaria y simple, y a menudo se expresa a sí misma por medio de lo que es más común y sencillo. El alma es una cualidad de ser en la que las cosas simplemente *son*. Aquí la

paz es, el amor es, aun el poder es. Nunca notaremos, mucho menos experimentaremos, estas cualidades del alma si seguimos nuestros deseos de escapar de lo cotidiano, si creamos dramas o fantasías innecesarias. Los poemas o haikus del Zen muchas veces reflejan esta simplicidad. El rocío sobre el pasto es en el momento presente sin ningún drama. La luna llena del tiempo de cosecha en el agua es a la vez simple y profunda. Estamos creando el recipiente capaz de permitirnos una relación madura con la vida. Nunca seremos capaces de experimentar la unión paradójica de lo ordinario y lo extraordinario, si no aceptamos la vida tal cual es.

El verdadero trabajo es permanecer fiel a nosotros mismos en medio de todas las demandas de la vida diaria, mantener la atención en nuestro interior, aunque más no sea que cinco minutos al día, cuando hay tanta distracciones. El recuerdo de Dios ya no es más una actividad realizada en aislamiento sino en la oficina y el supermercado. El sendero espiritual puede que sea lo opuesto de lo que esperamos, podrá ser paradójico, confuso, y contrario a nuestro condicionamiento cultural, pero aún así necesita ser vivido en este mundo, debe ser parte de cada uno de nuestros días.

Y en este estadio particular en la evolución de la humanidad, la cotidianidad de la vida tiene un nuevo significado. En esta Era que amanece, será posible reflejar la numinosidad del alma de una nueva forma. Pero para poder permitir que la vida muestre la riqueza y naturaleza eterna del alma, debemos liberarnos de los patrones de conducta que nos alejan de lo que es común y corriente, tanto a nivel personal como colectivamente. Necesitamos aprender a discriminar entre las fantasías de la vida espiritual de Disneylandia, llena de vueltas de montañas rusas y algodón de azúcar, y el modo verdadero en que Él se revela a Sí mismo.

#### APRENDER A DISCRIMINAR

No podemos evitar tener ilusiones sobre la travesía espiritual. El poder de la añoranza y el deseo por la Verdad usan nuestra imaginación para atraernos hacia una experiencia más profunda, del mismo modo en que la energía del deseo físico crea imágenes sexuales para atraer la experiencia deseada. La imaginación crea fantasías espirituales que luego tendremos que reconciliar con la realidad de nuestra experiencia, al igual que tendremos que reconciliar el romance con la relación verdadera. Sin embargo son estas mismas fantasías las que nos empujan más allá de nosotros mismos. De hecho, la energía sexual forma parte de la poderosa energía de kundalini que nos empuja hacia la Verdad; por ejemplo, ciertas fantasías espirituales y sexuales tienen una cualidad de amor y éxtasis, de ser embelesados y tomados. No podemos escapar a la potencia de la imaginación que toma un deseo innominado y crea imágenes de la satisfacción del mismo. Necesitamos que el deseo nos lleve fuera de nosotros mismos al vasto océano del amor verdadero; las ilusiones que la imaginación crea proveen el señuelo. Citando a Ibn al-Fârid:

En el soporífero sueño de la ilusión  
la sombra del fantasma,  
nos guía hacia aquello que reluce  
a través de las ventanas.

Proyectamos nuestro deseo por lo desconocido con nuestra imaginación. Creamos imágenes que puedan tentarnos a continuar caminando a lo largo del viaje. El peligro surge cuando confundimos las imágenes con el objetivo real, cuando tomamos lo que es relativo por lo que es absoluto. Entonces, quedamos atrapados por nuestras propias fantasías en vez de ser guiados

más allá de estas hacia la fuente verdadera, que es el deseo más íntimo del corazón.

Al comienzo no reconocemos ni diferenciamos las verdaderas cualidades del sendero—entre aquello que debiéramos cultivar o aspirar y aquello que es ilusorio. No podemos discriminar entre las ilusiones que profundizan nuestra relación amorosa del corazón y los trucos del ego que nos acechan. ¡Es tan fácil quedar atrapados por las imágenes sutiles del ego y la mente! El inconsciente, que se asocia con el ego, también tiene poderosos y seductores mecanismos para frenar la posibilidad de que nos volvamos más conscientes, para mantenernos bajo su hechizo y relación de dependencia. Esta es una de las razones por las cuales es necesario tener un maestro o guía que nos ayude a atravesar este laberinto que nos hemos creado. Gradualmente, desarrollamos nuestra propia discriminación; aprendemos a distinguir entre las voces del ego y del Ser. Pero al principio somos inocentemente engañados por la multitud de ilusiones e imágenes falsas sobre el sendero que crea el ego. No nos damos cuenta cuán fácilmente el ego se enmascara aparentando ser nuestra naturaleza espiritual y engañándonos una y otra vez.

Hay técnicas que podemos desarrollar para ayudarnos a discriminar, que nos ayudarán a mirar por debajo de la superficie de esas imágenes del camino. Por ejemplo, podemos preguntarnos, ¿me ayuda realmente esto a ganar o perder algo, o tan sólo sirve para hacerme sentir bien? ¿Quién es verdaderamente el que quiere esto? ¿Alimenta mis patrones de conducta, mis mecanismos de defensa, o me eleva más allá de mí, me libera, me hace más vulnerable, ayudándome a participar más plenamente? A menudo, es muy importante aprender a discriminar entre una necesidad y un deseo. ¿Es esto algo que necesito para mi vida, para el sendero, o pertenece a la naturaleza del ego creando deseos?

Desafortunadamente, no hay reglas exactas; cada uno de nosotros es único y el sendero reflejará esta singularidad. Hay un tiempo en que hay que luchar para conseguir lo que queremos, y hay un tiempo en que debemos renunciar a todo deseo, un tiempo en que necesitamos ser fuertes, y un tiempo en que necesitamos abandonar nuestra fuerza. A veces lo que parece espiritual es la mayor de las decepciones, mientras otras veces lo que parece una ilusión mundana, por ejemplo el anhelo por una carrera con éxito, pueda ayudarnos a reclamar lo que pertenece a nuestra verdadera naturaleza. Algunas veces aun el deseo de vacacionar o de comprar un nuevo automóvil es lo que realmente necesitamos. Tal vez estemos cansados, necesitemos de un cambio, o de poner continuamente energía en un automóvil que siempre se esté rompiendo. El sentido común es frecuentemente nuestro mejor guía.

## PACIENCIA

Gradualmente el sendero espiritual y el maestro nos quitan nuestras fantasías y creencias, dejándonos con nosotros mismos, en lo que T.S.Eliot llama,

Una condición de completa sencillez  
que no cuesta menos que todo lo que tenemos.

El ego continúa existiendo, porque uno no puede fácilmente vivir en este mundo sin un ego, sin algún tipo de sentido de tener un “yo” separado. Y con este ego quedan también nuestros montones de problemas psicológicos, las dificultades de la vida, los conflictos de este mundo. Tal vez, vislumbremos otra realidad donde estos problemas no existen; tal vez sintamos la presencia eterna de una dimensión donde no hay conflicto, sólo una embriagante paz y amor. Pero del mismo modo en que en este mundo nos quedamos en el cuerpo físico con sus dolores y achaques, también nos quedamos con un ego imperfecto. El trabajo verdadero en el viaje

espiritual es equilibrar el ego con esa realidad más vasta que habita en nosotros y alrededor nuestro.

El sendero nos ayuda a desarrollar las cualidades que necesitamos para este trabajo, cualidades que nos dan la fuerza y la compasión para vivir en un mundo imperfecto donde Su presencia es velada frecuentemente. La paciencia, junto con cualidades similares como tolerancia, perseverancia y constancia, es una de las cualidades fundamentales requeridas para cruzar los interminables desiertos del camino. El sufí remarca el valor de la paciencia; la adquisición de paciencia, *sabr*, es una de las estaciones en el sendero sufí. La estación de *sabr* está asociada con la madurez espiritual que necesitamos para hacer frente a un viaje en el cual debemos soportar los problemas y dificultades de una vida de aparente separación. Una historia contada por el maestro sufí del siglo décimo, Sarraj, ilustra este tema en su aspecto más difícil—la paciencia de soportar Su ausencia:

Un hombre se paró frente a Shiblî (que la compasión de Dios esté siempre con él) y le dijo: “Cuál es el acto de paciencia más difícil de lograr para aquel que es paciente?”

Shiblî contestó: “La paciencia en Dios”.

El hombre dijo: “No”.

Shiblî dijo: “La paciencia con Dios”.

“No”, dijo el hombre.

Shiblî se inquietó y dijo: “Maldito seas, ¿cuál es entonces?”

El hombre respondió: “Paciencia sin Dios es el estado más elevado”.

Shiblî dejó salir un alarido de lamento que casi quebró su espíritu.

¿Estamos preparados para esperar los interminables días, meses, y aun años en que Él se vela a sí mismo de nosotros? ¿Estamos dispuestos a llevar nuestras devociones a través del desierto? ¿Estamos decididos a no querer nada para nosotros mismos, sabiendo que Él vendrá a nosotros cuando Él quiera? ¿O continuamos agarrados de patrones de conducta de auto-gratificación, reconociendo tan sólo nuestros deseos, nuestras propias dinámicas de control?

Un amigo encontró muy difícil de aceptar que aún cuando él había encontrado un maestro y trabajaba para desarrollar las actitudes correctas, no había garantía alguna que El se revelaría a Sí mismo, que las puertas de la unión se abrirían. La relación de amor con Dios es muy diferente de la relación con un padre o madre, donde el comportamiento adecuado nos traerá amor o atención. El sendero no depende de nuestros esfuerzos personales; Él nos acerca hacia Sí en Su propio modo, cuando Él quiere. Pero aceptar que somos tan vulnerables y dependientes de Otro, que, “Allâh guía a Allâh a quien Allâh quiere”, puede ser doloroso, especialmente para la conciencia occidental que está condicionada a valorar el esfuerzo individual por encima de la entrega.

Durante muchos años en el sendero, tendremos que aprender a esperar, conociendo únicamente nuestro ego y sus insuficiencias. Esta parte del recorrido es una de las pruebas más penosas y arduas, para la que necesitamos paciencia y perseverancia. Algunas veces, es más fácil mantenerse focalizado en el sendero y en las prácticas personales cuando hay situaciones obvias que enfrentar en los mundos internos y externos. La monotonía interminable de días sin Él, cuando sólo la vida cotidiana ordinaria existe con poco o nada de contenido espiritual, puede ser difícil. Sin embargo, es durante este período que muchas de nuestras primeras fantasías se desprenden de nosotros, porque queda muy poco en el exterior y en el interior que pueda sostenerlas.

## EL TRABAJO REAL

El trabajo verdadero en el sendero espiritual es poder vivir la energía y la conciencia superior del Ser en nuestra vida diaria. Inicialmente, el Ser con su energía de autorrealización se manifiesta con fuerza en nuestra conciencia ordinaria creando algunas veces desequilibrios psicológicos. El ego y la mente responden a esta afluencia de energía creando ilusiones, imágenes de la vida espiritual a menudo sin fundamento. Gradualmente el ego deja de inflarse con esta nueva energía, y el sendero espiritual conjuntamente con el trabajo psicológico de confrontar e integrar la sombra y otras dinámicas internas, proveen una psique equilibrada, un receptáculo capaz de contener nuestra conciencia superior.

La entrega o rendición completa del ego al Ser toma muchos años, y no todos logran este estado. Más bien, su estructura se modifica lo suficiente como para que aprenda a coexistir con el Ser. El ego ya no continuará más pugnando o socavando su verdadera naturaleza, ni será tan influenciado a los condicionamientos inconscientes. Este cesa de ser un centro autónomo de conciencia y comienza a vivir una vida de servicio en relación con el Ser. Aprendemos a escuchar, discriminar, y a ser guiados por aquello que es real. El ego también cambia sutilmente a medida que es iluminado con la luz del Ser haciéndose más transparente, capaz de transmitir en vez de obscurecer a la conciencia superior.

La mente también se adapta y ajusta a un centro más elevado de conciencia. El trabajo sufí de “clavar la mente en el corazón” describe el proceso en el cual la mente aprende a trabajar con la conciencia superior del corazón. Por ejemplo, la mente aprende a estar atenta y receptiva a los indicios y señales que recibe, en vez de rechazarlos. Ya no será más tan dominada por formas de pensamiento racional, porque nos hacemos más receptivos a la intuición. La intuición verdadera no sigue procesos de pensamiento secuencial, sino que llega de la conciencia superior del Ser donde todo conocimiento existe como un estado de unidad integrada. El trabajo espiritual sobre los sueños ayuda en este entrenamiento, enseñando a estar atento a las imágenes y mensajes que nos llegan de más allá de la mente concreta. A medida que aprendemos a escuchar los sueños, nos elevamos por encima de las restricciones del ego y del pensamiento racional.

Nuestro cuerpo físico y nuestra naturaleza instintiva también cambian, al mismo tiempo que absorben la luz del Ser que ha despertado. A veces son necesarios procesos de purificación, cambios de dieta o hábitos; por ejemplo, es importante no ser indulgente—con sexo indiscriminado, o más que un trago ocasional, o frecuentando bares. Pero mucha purificación—por ejemplo excesivo ayuno, o mucha meditación—también pueden ser un obstáculo, porque puede hacernos muy sensibles e impedirnos participar completamente en el mundo material denso actual en que vivimos. La madurez espiritual es aprender a vivir una vida equilibrada.

Es deseable que se nos den experiencias y aprendizajes en las técnicas y herramientas necesarias para que el Ser pueda manifestarse en el mundo a través de nosotros: para que aprendamos nuestro oficio en el mundo. Por ejemplo, si el Ser puede brindar mayor servicio en el área de psicología, nosotros estudiamos y entrenamos en esa disciplina. O si el Ser necesita que trabajemos en negocios, deberíamos estudiar administración de empresas o una pasantía en comercio. El Ser no necesita un vehículo de expresión lleno de fantasías espirituales, sino uno bien arraigado en una disciplina práctica, que pueda ser útil, ya sea de banquero, músico o terapeuta. Es un error pensar que la realización de nuestro destino espiritual requiere de una forma externa que sea “espiritual”. El Ser no está limitado por nuestras ideas de lo que es espiritual. Abarca la totalidad de la vida y nos guía hacia el vehículo de manifestación donde

nuestra naturaleza más elevada encuentra expresión.

En medio de la vida, nuestro ego y de hecho toda nuestra naturaleza cambian, permeándose sutilmente con la presencia del Ser, con una energía que no está llena de demandas y deseos sino de otras cualidades. Al comienzo no percibimos esta otra cualidad, porque es demasiado simple y ordinaria. Es nuestra verdadera naturaleza viva en cada instante. Frecuentemente, son otros los que notan primero un cambio. Ellos podrán percibir que nosotros estamos más en paz con nosotros mismos, que no estamos enganchados en conflictos o emociones negativas. Sucede tan gradualmente que puede tomar tiempo antes de que nos demos cuenta de que algo fundamental es diferente. Muchas expectativas sobre el sendero se han desprendido de nosotros, otras hemos tenido que rendirlas dolorosamente. Y luego el camino real se hace una realidad viva en nosotros. Hemos desarrollado un sentido de quienes somos que se basa no en el ego, con sus temores e inseguridades, sino en cualidades más profundas y verdaderas.

Habrán momentos en que extrañaremos la impetuosidad de los primeros años, la intensidad y excitación del despertar inicial, los sueños de estados espirituales. Y una vez que hayamos perdido tantas fantasías e ilusiones, ¿qué habremos encontrado? Quedará para cada uno de nosotros el reconocer lo que hemos recibido, lo que es real dentro de nosotros y descubrir “quiénes somos, de dónde venimos, y hacia dónde vamos”.

### MÁS ALLÁ DEL EGO

A través de la Gracia del sendero espiritual y de nuestros propios esfuerzos, creamos un receptáculo que nos permite vivir en relación con nuestro Ser superior. El ego y el Ser llegan a equilibrarse. A pesar de que probablemente continuemos teniendo obstáculos internos y resistencias que necesiten de nuestra atención, estamos viviendo la vida del alma en vez de experimentar únicamente la vida del ego. Hemos aceptado las limitaciones de la vida, y conocemos que el servicio verdadero está en responder a la necesidad del momento, y no en vivir algún destino espiritual imaginario. En meditación o en la vida diaria, tal vez tengamos vislumbres de una realidad diferente, una sensación de enorme paz o de alegría profunda. Ocasionalmente, nuestro corazón se llena con una inexplicable dulzura; vemos el amor que existe en cada hoja de cada árbol. Pero luego los velos caen nuevamente, y volvemos al mundo del ego.

¿Es esta la totalidad el viaje espiritual? Cuando Dhu'l Nun preguntó: “¿Dónde termina el amor?,” le contestaron: “Oh, hombre simple, el amor no tiene fin...porque el Amado no tiene fin”. Los estados del amor cambian continuamente. Cuando finalmente hemos aceptado la ordinariedad del sendero, a veces El ríe y nos asombra girando nuestro mundo ciento ochenta grados de arriba a abajo, abriéndonos a Su grandeza y majestad. Una vez más nuestra imagen del camino es destruida, y somos empujados más allá de nosotros mismos. Otra vez reconocemos que es necesario un mayor grado de profundidad de sometimiento y desconocimiento. Una amiga describió como le sucedió a ella:

“En un sueño se me dijo que debía prepararme para morir en ese momento. Lo tomé seriamente como algo objetivo y no hubo reacción en mí. Era tan sólo lo que era, y cuando recapitulé el sueño, continuaba siendo algo objetivo. Pero unos días más tarde, tuve una nueva experiencia en la que se me dijo: ‘Tú morirás pronto. Prepárate.’ Y nuevamente, no hubo reacción ni emoción. Yo lo tomé seriamente como a un hecho. Pensé, tengo que arreglar algunas cosas como para no dejar mucho caos. Tengo que limpiar papeles...rápido. Tenía el sentimiento como de estar siendo enviada a un viaje al que no podía negarme, porque debía hacer algo allí.”

“Mas al día siguiente tuve esta otra experiencia. Me estaba trasladando a una increíble velocidad a través del espacio. ¿Quién era yo? ‘Yo’ no era yo, sino que era una energía o algún tipo de conciencia en la que estaba participando. Me acerqué a un sol negro que radiaba muy intensamente. Era el centro profundo, el centro absoluto, y este seguía atrayéndome hacia sí. Me di cuenta que era la intensidad de esta atracción que aceleraba la velocidad y me hacía trasladar tan rápido. Al acercarme más y más, comencé a disolverme. Todo lo que existía era la dulzura interminable de una despreocupada ‘debilidad,’ y luego aún esta sensación fue absorbida, todo fue absorbido. Pero—yo no sé como pudo suceder—al mismo tiempo que todo era absorbido, ‘yo’ estaba siendo despedazada, explotando en miles y miles de pedazos que volaban por todos lados. Me desmayé, perdí la conciencia; después, cuando volví en mí, ‘me’ encontré—esta conciencia que puedo sentir—en todas partes. Realmente, esta conciencia abarcaba todo el espacio, cada gota del océano, cada cara humana, cada piedra, y estrella.”

“Había sido sacudida, incluso físicamente. En los días que siguieron me encontré temblando. Me sentía muy mareada, me era difícil mantener el equilibrio. Tenía que agarrarme de la vitrina del mostrador cuando iba a comprar comida; por muchos días tuve la sensación de que todo daba vueltas. Y no fue solamente el equilibrio físico. Me bandeaba de un extremo emocional al otro, de sentirme absolutamente vulnerable—con un dolor increíble—al extático sentimiento de felicidad, de llegar al Hogar, de libertad... Algunas veces pienso que estoy completamente trastornada, que me estoy volviendo definitivamente loca. Pero no hay nada que quiera cambiar de esto. Como en la experiencia, siento que estoy siendo atraída y jalada, y es hacia donde quiero ir.”

“Es imposible pensar sobre lo que experimenté, pensarlo con la mente—yo traté, intenté entender lo que no es posible de ser entendido; esta cosa del desarme total que en la profundidad de la unión, la unicidad, finalmente en la Nada, existe ese explotar en pedazos, la Nada explotando en creación, es una sorpresa tan grande...”

“Todo parece ser distinto. La Totalidad de la existencia, el Todo, es algo tan delgado, un velo muy sutil similar a este cuerpo físico que siento tan frágil... No sé porque trato de escribirlo—cualquier cosa que ponga en palabras no es lo real.”

Esta no es una fantasía espiritual, sino una experiencia verdadera que deja a uno sin ningún lugar donde poder pararse. Todo lo que uno conoce, todo sentido de uno mismo y de estabilidad es destruido en un instante. Sin todos los años de preparación, de aprender a estar arraigado y enraizado, bien parado sobre la tierra, sin el receptáculo sutil pero fuerte que ha sido creado, uno se volvería totalmente loco. Esta experiencia, entonces, no podría ser experimentada conscientemente sino que nos haría girar como un remolino fuera de órbita, lanzándonos más allá de las estrellas, incapacitándonos de retornar a una vida armónica. Esta amiga tiene una familia, hijos que necesitan de su atención y cuidado. Ella no puede retirarse a una cueva como eremita y sentarse a meditar inmersa en la Nada, en el éxtasis de la completa absorción. Ella tiene que levantarse a la mañana, llevar los niños a la escuela, cocinarles la comida, y ayudarles a hacer la tarea.

El sendero espiritual te prepara para esta experiencia, que llega cuando menos te la esperas.

Cuando el maestro o un superior en el sendero sabe que estás preparado, que serás capaz de soportarlo, te sacará completamente del ego, atrayéndote hacia el centro real y más allá. ¿Es esto la muerte o la vida? Tú retornas mareado y sin saber. El oscuro centro de la Nada, el “sol negro” te habrá absorbido. El ego como centro de conciencia habrá sido para siempre aniquilado, y tú te

darás cuenta de la fragilidad de su existencia, de la vida como la conocías.

¿Es este el final o el comienzo? Estas son tan sólo palabras. Ser donde no eres es una declaración paradójica hasta que uno la ha experimentado, y una vez que lo has hecho tiene completo sentido. Y aun así uno vuelve a la vida cotidiana, y a pesar de que el ego ha cambiado, sin embargo queda. La madurez espiritual es vivir como un místico en el mundo siendo totalmente responsable en nuestra vida diaria, aun cuando sepamos que el mundo es una frágil ilusión. En los mundos internos otras corrientes están fluyendo, fuerzas poderosas que vienen desde más allá de las estrellas. A veces estas corrientes traen fragancias dulces, a veces son frías, desoladas, y aúllan a través tuyo. Hay oscuridades vastas y océanos de luz. Pero debemos entrenarnos para estar centrados, sosteniéndonos del fino hilo que está suspendido entre los mundos. Una vez le preguntaron al maestro del siglo once, Al-Kharaqâni:

“¿Quién es la persona apropiada para hablar de *fanâ* (aniquilación) y *baqâ* (permanencia en Dios)?” El respondió: “Este conocimiento es el de quien está suspendido de un hilo de seda que va desde los cielos a la tierra, cuando llega un enorme ciclón que se lleva árboles, casas, y montañas, tirándolos al océano hasta que el océano queda repleto. Si ese ciclón es incapaz de mover a la persona que está colgada del hilo de seda, entonces él es quien puede hablar de *fanâ* y de *baqâ*.”